



Colegio Alborada Coyhaique

Departamento: Lenguaje

Profesora: Belén Maldonado

Curso: Segundo medio A-B

Guía de aprendizaje: Novela distópica II

Objetivo: Aplicar los aspectos narrativos vistos y el concepto de trabajo en un texto literario.

Instrucciones: Responde las siguientes preguntas en el cuaderno de la asignatura, dependiendo del espacio entregado. Preocúpate de entregar los datos necesarios para que tus ideas se desarrollen a cabalidad. Fíjate en el uso de las mayúsculas y en la acentuación de las palabras que emplees.

Consultas: lenguajealborada202@gmail.com

Ítem I: Lee comprensivamente el fragmento y posteriormente responde las preguntas en base al mismo.

Bartleby, El escribiente (Heman Melville)

FRAGMENTO

Mi despacho se encontraba en un piso del número... de Wall Street. Uno de sus lados daba a la pared blanca del interior de un espacioso tragaluz que recorría el edificio de arriba abajo. Esta vista podría haberse considerado más bien sosa, totalmente desprovista de eso que los paisajistas llaman “vida”. Y aunque así fuera, la vista del otro lado de mi despacho ofrecía, por lo menos, un contraste. En esa dirección mis ventanas dominaban una vista limpia de una alta pared de ladrillos, ennegrecida por el tiempo y la sombra permanente; no se requería de un telescopio para descubrir las bellezas ocultas de esta pared, ya que, para beneficio de todo espectador miope, se alzaba apenas a tres metros de los cristales de mi ventana. Debido a la gran altura de los edificios de los alrededores, y a que mi despacho se encontraba en el segundo piso, el espacio entre esta pared y la mía guardaba una semejanza no menor con una enorme cisterna cuadrada. En la época justamente anterior a la llegada de Bartleby, tenía a dos personas empleadas como copistas, y a un chiquillo muy despierto como mandadero. El primero era Turkey; el segundo, Nippers; y el tercero, Ginger Nut. Pueden parecer nombres, estos tres, de esos que no se encuentran con frecuencia en el directorio telefónico. En realidad se trataba de apodos que mis tres empleados se habían puesto mutuamente, y que expresaban con propiedad sus respectivas personalidades. Turkey era un inglés bajo y choncho, más o menos de mi edad, es decir, no muy lejos de los sesenta. Por las mañanas, podría decirse, su cara tenía un estupendo color rosado, pero después de las doce del mediodía —su hora del almuerzo— resplandecía como una parrilla llena de brasas, y seguía resplandeciendo —pero con un declive gradual, por así decirlo— hasta las seis de la tarde aproximadamente, después de lo cual yo no veía más al dueño de ese rostro, que alcanzaba su punto más alto con el sol, parecía ponerse con él, salir de nuevo, culminar, y declinar al día siguiente, con idéntica regularidad e idéntico esplendor.

A lo largo de mi vida he visto muchas coincidencias peculiares, entre las cuales no fue la menor el hecho de que en el momento exacto en el que la cara roja y radiante de Turkey lanzaba sus rayos más intensos, justo entonces, en ese momento crucial, comenzaba el periodo del día en que sus capacidades laborales me parecían gravemente afectadas por el resto de la jornada. No digo que se mostrara absolutamente ocioso o reacio al trabajo; nada de eso. El problema era que se volvía demasiado enérgico. Había entonces una extraña, vehemente, exaltada, voluble precipitación en sus actos. Mojaba con descuido su pluma en el tintero. Todos sus manchones en mis documentos fueron hechos después de las doce del mediodía. Y no sólo era atarantado y penosamente dado a los manchones por las tardes, sino que algunos días iba más lejos y se volvía bastante ruidoso. En esas ocasiones, además, su cara ardía de una

manera majestuosa, como carbón al rojo vivo. Hacía un ruido desagradable con la silla; derramaba la arena secante; al reparar sus plumas, con impaciencia las partía en pedazos, y en un arrebató las arrojaba al piso; se paraba y se inclinaba sobre su mesa, revolviendo todos sus papeles de la forma más indecorosa, algo muy triste de ver en un hombre mayor como él. Sin embargo, como por muchos motivos era una persona muy valiosa para mí y siempre antes de las doce del mediodía el ser más diligente y moderado, capaz de realizar una gran cantidad de tareas de manera inigualable; por estas razones, estaba dispuesto a pasar por alto sus excentricidades, aunque, de vez en cuando, me viera obligado a reprenderlo. Lo hacía, no obstante, con bastante suavidad, porque aunque por las mañanas Turkey fuera el hombre más educado, apacible y respetuoso, por las tardes era propenso, ante la menor provocación, a responder de manera un tanto brusca, insolente, de hecho.

Pues bien, como valoraba tanto sus servicios matutinos y estaba decidido a no perderlos; aunque, al mismo tiempo, sus airadas maneras después de las doce me hicieran sentir incómodo; y, como hombre de paz que soy, tan poco dispuesto a provocar con mis reprimendas respuestas impropias, resolví un sábado por la tarde (siempre se ponía peor los sábados por la tarde), sugerirle, de manera muy amable, que, tal vez, ahora que estaba envejeciendo, sería mejor reducir sus tareas; en pocas palabras, que no necesitaba venir al despacho después de las doce, sino, después del almuerzo, dirigirse a casa a descansar hasta la hora del té. Pero no, insistió en cumplir sus deberes vespertinos. Su rostro se volvió intolerablemente férvido, mientras me aseguraba con un tono oratorio —gesticulando con una gran regla desde el otro extremo de la habitación— que si sus servicios eran útiles por la mañana, ¿cómo entonces no iban a serlo por la tarde? —Con todo respeto, señor —dijo Turkey en esa ocasión—, me considero su mano derecha. Por las mañanas tan sólo reúno y despliego mis tropas, pero por las tardes me pongo al frente de ellas y cargo gallardamente contra el enemigo, ¡así! —y dio una violenta estocada con la regla. —¿Y los manchones, Turkey? —le insinué. —Es verdad, pero con todo respeto, señor, ¡observe mi cabello! Estoy envejeciendo. Seguramente, señor, un manchón o dos en una tarde calurosa no debe reprochársele con severidad a mis canas. La vejez —aun si deja manchones en la páginas— es algo digno. Con todo respeto, señor, ambos estamos envejeciendo.

Responde en tu cuaderno

1. ¿Quiénes son los personajes del fragmento? ¿Cómo se relacionan?
2. ¿Qué visión del trabajo se evidencia en el relato?
3. ¿Cómo son las personalidades de los personajes y cómo eso influye en el concepto de trabajo que se muestra?
4. ¿Cuál es la motivación que tiene el autor para contar esta historia?
5. ¿Qué elementos de la narración evidencias? Explícalos en detalle y con un destacador identifica las marcas textuales que te permitieron saberlo.
6. ¿Con qué situación de la realidad puede ser comparada la narración? Justifica tu comparación.
7. Define, con la ayuda de un diccionario, cinco palabras que desconozcas. Márcalas en el texto para que reflexiones sobre el sentido de la oración donde estén inmersas.
8. Identifica la idea central de cada párrafo, anótalas.
9. Menciona cuál es el tema del texto y justifica tu respuesta con dos argumentos.
10. Explica cómo el ambiente en el que se desarrolla la historia influye en el comportamiento de los personajes y en el desarrollo de las acciones.